



"Los Luces de El Imparcial", 5-96  
Madrid, 6 agosto, 1917

Y

La contemplación vegetativa  
(Glosa a un poema de Querol)

Recogido en "de esto y de aquello" tomo I

Hay entre las poesías de aquel delicadísimo poeta — uno de nuestros más preferidos entre los poetas españoles del pasado siglo XIX — y oscurísimo hombre que fue Vicente Wenceslao Querol, una dedicada a un árbol, que en nuestros momentos de desmayo civil se nos viene a las mientes:

El día en que yo vi la luz primera,  
plantó mi padre en su risueño huerto  
ese árbol que admiráis en primavera  
de tiernas hojas y de flor cubierto.

Y ese árbol fué el agorero genito familiar  
del pobre poeta, el que le hundió en la oscuridad  
de su vida de ermitaño civil.

Yo entré en la sociedad, donde hoy batallo,  
con la esperanza audaz de los mancebos,  
cuando él ennoblecía el fuerte tallo  
cada nueva estación con ramos nuevos.

No; el pobre Querol no batalló en la sociedad.

Yo abandoné, buscando horas felices,  
mi pobre hogar por la mansión extraña,  
y él, inmutable, ahondaba sus raíces  
junto al arroyo que sus plantas baña.

Si, ahondaba el árbol sus raíces en la oscuridad,  
en las tinieblas, y elevaba su copa al cielo;  
pero ¿veía más por eso?

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,  
cuando hasta el eco de mi voz me asombra,  
vengo a encontrar la apetecida calma  
del tronco amigo a la propicia sombra.

¡Calma! ¿No más bien modorra?

Y evoco las memorias indecisas  
de la edad juvenil, sueños perdidos,  
mientras juegan sus ramas con las brisas  
y al alegre rumor cantan los nidos.

El pobre poeta no puso nido en las umbrías  
y áridas colinas que rodean a la corte,  
donde se oscureció su vida.

Mi vida agosta ese dolor interno  
con que los ojos y la frente enluto;  
él abre en mayo su capullo tierno  
y da en octubre el aromado fruto.

Lo que no sabemos es cuál era el fruto que  
daba el árbol que el padre de Vicente Wenceslao Querol,  
el día mismo en que éste naciera,  
sembró en el risueño huerto valenciano  
del hogar tan dulcemente cantado por el poeta  
del hogar paterno.

El árbol no se mueve, si no es que tiembla  
y se estremece cuando le agita el viento; el  
árbol crece sin moverse un punto del sitio  
mismo en que lo plantaron; el árbol sube. ¿Pero  
progresa?

Hay otra poesía, ésta de Uhland, en que nos  
habla del olmo de Hirsau, de un olmo que  
crece entre las ruinas de un antiguo convento,  
y que, buscando la luz del cielo, se elevó,  
y se elevó por encima de los muros del claustro.  
El poeta alemán compara con el olmo de  
Hirsau al espíritu de Lutero, que se alzó por  
sobre los muros del claustro de Wittenberg.  
Pero Lutero no se alzó por sobre los muros  
del claustro, sino que se salió de él. La comparación  
se aplicaría mejor a otros espíritus  
monásticos, esto es: vegetativos.

¿Qué habrá detrás de esa montaña que me  
cierra la vista del remoto horizonte? Y el árbol  
del valle puede crecer y crecer y seguir  
creciendo hasta ver si de tal modo levanta su  
copa por sobre el nivel de la cima de la montaña  
que llegue a columbrar lo que hay detrás de ella.  
Aunque a medida que crece disminuye la proporción  
de lo que abarca con la mirada de su copa.

Crece, crecer, subir hacia el cielo, a ver  
más cielos, ¡a ver otros cielos! Pero es más seguro  
avanzar. Si quieres ver nuevas estrellas en el cielo,  
más seguro que subir y subir es avanzar y avanzar  
sobre la tierra. Por mucho que subamos aquí  
no llegaremos a ver la Cruz del Sur. El cielo  
no está sólo arriba, está alrededor nuestro,  
está debajo de nosotros. Está también dentro  
nuestro. Está, sobre todo, en nuestros ojos.  
No es tanto subiendo cuanto avanzando como  
llegaremos a descubrir el sitio por donde se nos  
pone el sol o aquel por donde nos sale.

¿Para qué quieres crecer? ¡Avanza! No verás  
mucho más cuanto antes más alto; verás mucho  
más si recorres tierras, si avanzas. No es ahondando  
en tus raíces en la tierra y elevando tu copa en el  
cielo como descubrirás tu destino; es caminando por  
la Historia.

Para el que se concentra en la contemplación  
mística o filosófica sin lanzarse a las jornadas del  
mundo, su destino acaba por mostrarse en el punto  
mismo en que brotó, su sepultura es su cuna; lo que  
quiere decir que su cuna no fué mas que su sepultura.  
Muere sin historia; es decir, muere sin haber vivido.  
Vegetó tan sólo. La pura contemplación es algo  
vegetativo.

Nada nos da tanto la impresión de perfectos  
monjes contemplativos como esas solemnes encinas  
que en amplias comunidades interrumpen de vez en  
cuando los páramos castellanos, o bien los pinares.  
Un pinar es una especie de monasterio de contemplativos.

La contemplación solitaria tiene algo de un  
placer vegetativo; es un goce muy parecido al

(de estos)





de hacer la digestión. Y hasta produce, como este goce digestivo, una dulce modorra que nos sume en siesta.

¿Que esa contemplación solitaria, monástica y vegetativa da sus frutos? También los daba el árbol que plantó el padre de Vicente W. Querol; también lo dan las encinas y los pinos. Y las bellotas y los piñones no dejan de ser nutritivos y hasta gratos al paladar. Y Querol, por su parte, dió el dulcísimo, aunque muy escaso, fruto de sus poemas.

¿Pero no lo hubiera dado también y acaso más abundante y más jugoso y, sobre todo, más rico, de más alta poeta, si en vez de acurrucarse en la «mansión extraña», enjaulado, o mejor «estibado» en un empleo burocrático, hubiera podido avanzar por la historia de su pueblo?

El, Querol, cantó a la patria con motivo de la guerra civil— así se titula el poema: «A la patria. Con motivo de la guerra civil»—; pero cuán de otro modo la habría cantado si hubiese tomado parte de patriota en aquella guerra civil!

Clamad: "¡Oh, patria, a quien lloramos muerta!  
Patria, caída en afrentosas lachas;  
patria, si nos escuchas,  
álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!"

Lo malo es que la patria no suele despertarse a la voz de los poetas; más bien se duerme brezada al arrullo de esa voz. Para despertar a la patria hace falta otra voz que la del poeta. Lo que el poeta debe hacer es cantar ese despertamiento después de que la patria haya despertado. No ha de pararse el Sol porque un Espronceda le diga: «¡Para y óyeme, oh, Sol; yo te saludo!»; pero si un Josué, que es un guerrero y no un poeta—aunque, por otra parte, todo guerrero de Dios sea, sólo por serlo, poeta o creador—; si un caudillo del pueblo de Dios logra detener al Sol, el poeta debe cantar entonces al Sol parado y al caudillo que lo paró.

Y este mismo Querol dirigió una «Carta a Don Gaspar Núñez de Arce con motivo de su libro *Gritos del combate*», que así se llama el poema que es esa carta. Y le decía:

Marca su ruta al caminante incierto;  
muestra el redil a las dispersas greyes;  
sé como fué la nube del desierto;  
sé como fué la estrella de los Reyes.

Pero ni la nube del desierto ni la estrella de los Reyes se redujeron a subir y subir y seguir subiendo en contemplación vegetativa, sino que la nube del desierto y la estrella de los Reyes avanzaron por el cielo y sobre la tierra. Ni nos parece que debe el poeta civil mostrar el redil a las dispersas greyes; ese es oficio de zagal a servicio del amo de la majada.

Querol, el dulcísimo poeta del hogar paterno, el que nos dejó aquel inmarchitable poema que es «La Nochebuena», y que dedicó a sus ancianos padre, él, que no pudo dedicar poema alguno a sus hijos, no encontró nunca acentos cuando quiso cantar a la patria. Aquel hijo y hermano modelo que no fué padre, aquel ermitaño de la burocracia, aquel monje de una oficina de Compañía ferroviaria, no supo avanzar por la Historia, que es la vida civil. Aquel tiernísimo poeta filial y fraternal no sintió la virilidad ni la paternidad. Sólo una vez, y por mero tropo, por figura retórica, en la hermosísima «Oración al pie de un Ecce-homo de mis antepasados», dijo:

A tus plantas vinieron mis abuelos  
su cuita, oh Dios, para contarte amarga  
mis padres a tus plantas, de sus duelos  
dejaron la vil carga.

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte,  
hoy pongo en Ti, Señor, los ojos fijos,  
y a Ti vendrán también para adorarte  
los hijos de mis hijos.

Pero es que el árbol de la Cruz del Cristo, a diferencia de los otros árboles, hace otra cosa que crecer y subir, y es que camina, camina por los senderos de la Tierra, por las vías del mundo, guiando a los pueblos en su marcha por la Historia, que es el progreso y la civilidad.

Miguel de UNAMUNO

